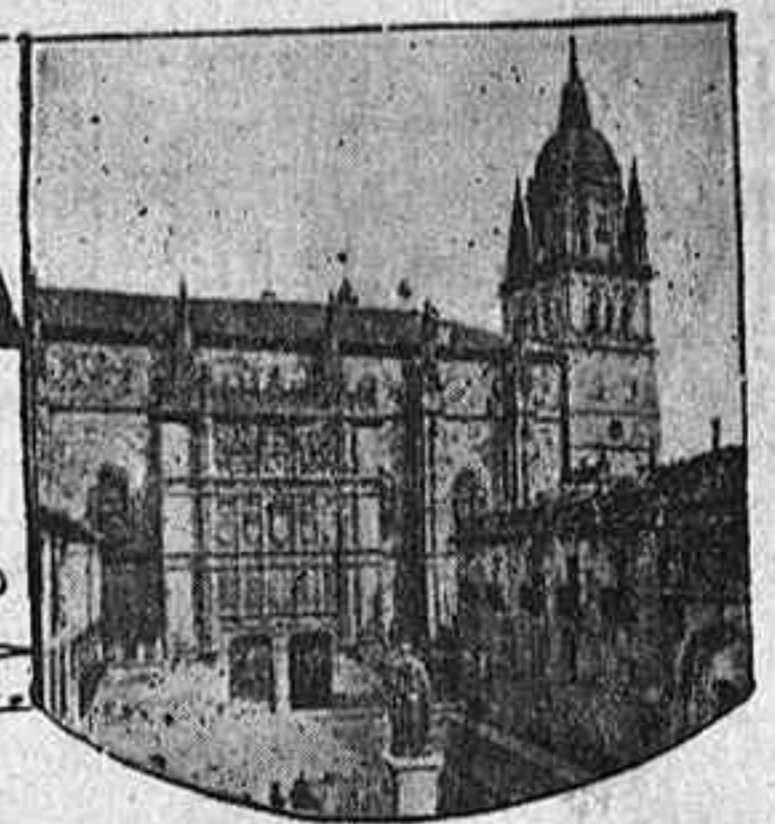


Rev 490
1



SALAMANCA

REVISTA DE BELLAS ARTES



R. 2657

PUBLICACIÓN MENSUAL
DE ARTE, LITERATURA Y
CIENCIAS
AÑO 1

NUMERO DE FEBRERO

REDACCIÓN Y ADMINIS-
TRACIÓN GARCÍA BARRA-
DO, 81, SALAMANCA
NUM. 2

EL COPLERO Y SU FAMILIA



POR G. GARCÍA MAROTO.

El coplero es en Castilla la Gaceta de los crímenes imaginarios y de las tragedias verdaderas. Borracho, pendenciero, atrabiliario; cuando en la taberna gana unos cuartos, diríase un rey de orgulloso y fatuo; cuando la vida le pone lejos la merienda, tampoco su buen humor se nubla.

Va de aldea en aldea recitando las horribles tragedias impresas en los papeles que vende á las mocicas ansiosas de emoción, á los viejos que fueron soldados, á los chicuelos sabidores.

En trágico éxodo recorre toda la meseta castellana, y en su caminar sin tregua ni descanso, le sigue su familia, compuesta de su vieja mujer, la que zurce virgos y escribe coplas; su hija, moza á la que llaman «la garrida», por su continente gentil; el chicuelo contrahecho y marrullero; la niñuca ingénuca, sin malicia, y el galgo, ese galgo flaco y corredor que va siempre á su lado, como remando á la misma galera.

BIBLIOTECA
PROVINCIAL DE SALAMANCA

MOSAICO

Estamos satisfechos.

SALAMANCA se da por segunda vez al público; y como en su número primero, se da con entera emoción, plena de ansiedad, satisfecha y esperanzada.

Ni los previstos gestos de unos, ni las envidias de otros, y un sí no es de indiferencia en casi todos, nos arredran en el camino. Estamos seguros del bien que en los espíritus indecisos ejercerá nuestra obra, tenemos la satisfacción del deber cumplido, y por eso, contra los obstáculos tradicionales que se oponen á toda idea noble, arremeteremos con fuerza, si es preciso, hasta con crueldad.

Por eso en el número de hoy, El Bárbaro, un espíritu culto que ama los frisos clásicos con Leconte de Lisle, despojado de su envoltura lírica y sentimental, arremete contra los menguados que envarecen el ambiente con su estulticia. Hemos creído necesario ese empuje un poco brutal, después, volveremos á ser lo que somos, cultos, aristocráticos, dignos de la ciudad que nos alberga.

Sabemos, como Cyrano, tejer un epigrama al tiempo que zurcimos la piel de un enemigo por el que no sentimos odio; pero también, si llega el caso, nos creemos capaces del castigo cruel, sin ningún miramiento estético.

SALAMANCA entra hoy por un nuevo sendero. Tanteado el ambiente en el primer número, hemos creído que el Arte hay que darlo en mínimas raciones, y quitándonos los guantes de ante, el acuchillado colete, y las ricas calzas de velludo, vamos á departir sencillamente.

Hablaremos de todo y de todos, y sin llegar nunca á degradaciones de lenguaje, nos pondremos al habla con nuestros enemigos los envidiosos, los idiotas, los impotentes, los que serán mañana hermanos íntimos, los que nos adorarán mañana.

Estamos satisfechos de la acogida que el público nos ha dispensado. SALAMANCA buscará entre la masa á sus afines, á sus hermanos espirituales, y á ellos, calladamente, le contará sus emociones más intensas, respondiendo así, de esta noble manera, á las sencillas demostraciones de amoroso afecto.

Que nuestro hermano el público responda, que despierte á nuestro llamamiento y se ponga al habla con nosotros, después, nuestra vida entera será suya, y vivirán en nosotros siempre.

Damos las gracias.

Más que de Salamanca, de fuera hemos recibido las más sabrosas muestras de aprecio, y nuestro esfuerzo, el esfuerzo de todos los que en SALAMANCA ponemos nuestra alma, ha sido pagado con creces.

Cartas de amigos desconocidos que nos animan á sacudir la modorra de nuestros hermanos; felicitaciones de periódicos, saludos, abrazos desde lejanas tierras, todo lo agradecemos, y multiplicado por emoción íntima, lo devolvemos á su punto de nacimiento.

Y son los periódicos regionales, por más afines, los que con más efusión nos saludan y nos invitan á seguir la ruta marcada.

Queremos copiar lo que Bética, la hermosa revista sevillana, honra de la capital andaluza, nos dice en su número último. Después del acuse de recibo y de nuestra fe de nacimiento, escribe: «Todo en ella es de una exquisita orientación y de una valiente modernidad que tiene hondas raíces de casticismo. Su artículo inicial, titulado Credo, termina con estas nobilísimas palabras:

«Labor sincera, de exaltación artística, no debe ser mal recibida; los hombres de hoy, invocando el pasado, pero sin vivir del recuerdo, mostrarán el fruto maduro. ¡Salamanca!, al acogernos bajo tu nombre, bien sabe Dios qué afán nos guía; el más noble, el más alto,

el más fuerte; el de honrarte al mostrar tu ayer, y honrarnos mostrando el presente».

Un sentimiento igual, con relación á Andalucía y Sevilla, informa las páginas de la revista Bética, y esta semejanza de aspiraciones nos une con verdadera fraternidad y nos hace enviar á SALAMANCA el más afectuoso saludo, como también los más fervientes elogios por su mérito intrínseco».

Y no queremos seguir copiando de la revista hermana. Por ella contestamos á todos los que, desde regiones lejanas nos saludan, y en la fraternidad que su amor y nuestro amor inician, se apoya el noble afán de nuestra particular dignificación.

Para las mujeres.

Muy enamorados los que escribimos SALAMANCA de las mujeres, de estas mujeres españolas tan íntimas, tan amorosas, tan tiernas, siempre son ellas las inspiradoras de nuestra pobre, pero honrada labor de exaltación, siempre son ellas las que nos guían.

Y porque las queremos con respeto, y porque en ellas vemos siempre á la madre, á la hermana, y á la compañera de vida, hemos de hacer de SALAMANCA tribuna de nuestra admiración.

Quisiéramos que las mujeres nos leyeran, que gustaran de nuestras inquietudes, que intimaran con nuestra obra, con esta obra llena de emoción que haría más amable su vida.

Y á eso tiende esta súplica. Queremos, que sean amigas nuestras, que vivan en nuestra labor, que sufran con nosotros.

¡Es tan hermosa la amistad! Queremos, los que escribimos SALAMANCA, estar á bien con las mujeres salamanquinas, con todas las mujeres. Nosotros, hemos leído y glosado al poeta.

Tiene el invierno encantos; y, el domingo recrea,
cuando un poco de sol la tierra amarillea,
con una amiga á veces salir á pasear...

Y, «para la comida no os hagais esperar».

Dice la madre.

Si, mujeres; ser amigas nuestras, nuestro respeto os autoriza, os invita nuestra galantería.

Y como las amigas de Nerval, salid al campo con nosotros, con nuestra obra, y quiera Dios que leyendo en nuestra íntima vida, os hagais esperar un día de vuestras madres...

Para el Ateneo de Salamanca.

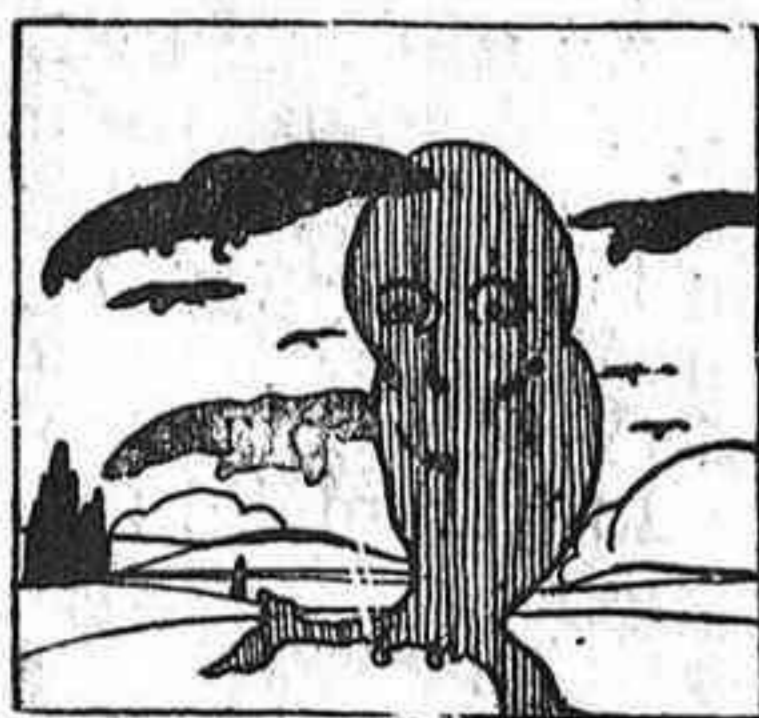
No hemos de terminar este Mosáico sin dar las gracias al Ateneo de Salamanca. Por su voluntad propia, sin que nosotros hiciéramos ni la más mínima indicación, quiso esta sociedad cultural hacerse cargo de esta revista, que para nuestra satisfacción habíamos fundado.

Pero ¡ay!, el Ateneo está muy pobre, casi en la indigencia, y los veinte ducados que se precisaban no los encontraron en sus arcas.

Mas nosotros seguimos tan amigos del Ateneo como cuando pensábamos que este centro nadaba en la opulencia; la pobreza no apartará de nosotros la admiración que por él sentimos, no es la pobreza la que odiamos nosotros, es la cobardía, y los ateneístas bien han demostrado su valor, luchando siempre contra la indiferencia ambiente, contra el horror cultural de este pueblo, y ahora, pretendiendo adquirir SALAMANCA, no teniendo en sus arcas ni un doblón de á ocho.

Calixto.

Regalo de un folleto. Los subscriptores de SALAMANCA recibirán con este número la conferencia impresa de nuestro Director, Sr. García Maroto, titulada «El naturalismo, el regionalismo y la decadencia en el arte». Los lectores salvarán las erratas de imprenta que el autor no pudo corregir.



CALMA

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

Plegó el viento sus alas; •
 las aguas duermen y dormidas sueñan,
 al caer de la tarde,
 la verdura que borda sus riberas;
 el limpio cielo mira
 y ciñe, mudo, á la callada tierra,
 sobre la cual la lumbre
 del sol desnudo dulcemente llega.
 De la copa de un álamo
 se levanta un gorjeo y en la lenta
 quietud de la campiña
 es como voz del tiempo que recuerda
 que el reposo resbala
 y va cayendo en la invisible huesa.
 Y las aguas dormidas,
 quietas al parecer en masa ruedan
 y para sólo el sueño
 que en su tranquilo sobrehaz reflejan.
 ¿Es la muerte esta vida?
 ¿esta dulce quietud, donde me lleva?
 No siento los latidos
 del corazón oculto de la tierra;
 el azul no palpita;
 en el sosiego mi visión se anega.
 ¿Es todo esto de bulte?
 ¿entrañas vivas tiene y de las penas
 guarda acaso la fuente?
 ¿ó es que el dolor también de nuestra esfera
 se fué y esta morada,
 forma tan sólo, se ha quedado hueca?
 Vuelve á gorjear el pájaro;
 ¿este su canto, no es acaso queja?
 ¡Oh, calma, eres un piélago,
 sin fondo y sin orillas, de tristeza;
 calma, terrible imagen,
 de la redonda última paz eternal
 ¡Quieto verdor dormido,
 la fijidez de tu sonrisa aterral!
 Calma, implacable calma,
 no así te pares junto á mí agorera,
 al mismo tiempo sofrenando.
 ¡La paz es para tí, danos la guerra,
 Señor y Padre nuestro!
 Tú eres en tí, Señor, todo te llenas;
 tu seno es el reposo,
 más nuestro fin está por siempre fuera;
 de nuestro propio seno;
 danos, Señor, la agitación eterna.
 Al aire quieto azota
 y á esas aguas dormidas las encrespa,
 y aunque tu tierra tiemble
 haznos oír el ruido de la muela
 del molino del tiempo.
 Que no hay cosa segura, duradera,
 que lo único fijo
 es del fluir eterno la fijeza.
 Ese cielo, tu frente,
 frunce con nubes, mi Señor, y enceña,
 así te creeré vivo,
 que su implacable limpidez me aterra.
 Al verle así marmóreo,
 no más un sueño creó la existencia;
 quédate con tu paz, no nos aplastes
 bajo un sueño de piedra.

LA ENSEÑANZA EN EL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS

Hay en la zona de nuestro protectorado cuatro razas ó pueblos completamente definidos, mucho más marcados en su carácter fundamental y cualidades que lo están los pueblos de Europa, cuando se dice raza latina, raza esla-

va, anglo-sajona, griega, etc., etc., porque todas estas naciones de la vieja Europa, por la influencia de la historia, de la persistencia del elemento romano en ellas, y también del heleno á través del cristianismo y de las literaturas clásicas (factores tan intensos y más primordiales que el novísimo cosmopolitismo), han contribuído á borrar fundamentales diferencias y dar un tono genérico al europeo.

No ocurre así en los cuatro elementos étnicos que conviven en Marruecos, ora conjuntamente, cual acontece en las grandes ciudades de Tánger, Tetuán, Casablanca, Rabat, Larache, ora más distanciados, como sucede en Fez y Marruecos.

El pueblo bereber, el árabe y el hebreo se conllevan entre sí con más intimidad en general, aunque la fusión es imposible entre todos, al menos hasta hoy, en que cada grupo étnico tiene su modo de pensar, laborar, vivir y portarse en el ambiente social en que se desenvuelve su existencia.

Hoy debemos concretar la idea del título de este artículo á la gente española que anda por nuestra zona, prescindiendo, aunque no en absoluto, del elemento europeo, extraño al hispánico, de otras naciones, porque éstas llevan interés en la cultura de sus súbditos, instalando institutos, liceos, colegios é iglesias evangélicas, que cultiven la sabiduría moral de sus ciudadanos.

Hasta la fecha, salvo muy raras excepciones, la enseñanza española en Almagreb ha estado vinculada en las misiones católicas, desempeñadas por los frailes Franciscanos, mejor ó peor preparados para su triple vocación de sacerdotes, maestros, curas y religiosos, en los noviciados de Santiago de Compostela y en el convento de Regla, en Chipiona, junto al magnífico faro de este nombre en la desembocadura del Guadalquivir en el Atlántico. Estas misiones han ejercido de curato ó ministerio parroquial en las ciudades predichas: Safi, Mogador, Arcila y Masagán hasta ahora, lo mismo que el magisterio, dedicándose al curato los padres, y á la escuela los hermanos legos, aunque éstos se ejercitan también en los oficios de sacristán, cocinero, carpintero, maestro albañil, cajista, músico, etc., etc., según las necesidades de la Misión y de los feligreses europeos católicos. Después de la ocupación de la Chania por Francia, ésta ha recabado el derecho de que sean franceses los misioneros de su Protectorado, asunto que está indicado en el Tratado franco-español último, de Noviembre de 1912, y que tiene que reglamentarse en breve, concordemente con la Santa Sede, España y Francia.

De todas las escuelas franciscanas en la costa marroquí, la más extensa en materias ó intensa ha sido la de Tánger, por la mayor concurrencia de españoles y europeos en la capital tangetana, y porque en Tánger estaba la residencia principal de Franciscanos, la Prefectura, hoy obispado de Fesea, al lado de todas las Plenipotencias europeas y Ministro de Estado del Sultán.

A la par que los frailes, una residencia de RR. MM. Franciscanas terceras se consagran á la enseñanza de las señoritas, á petición de és-

tas y mediante honorarios que pagan las alumnas, que pertenecen á españoles, europeos y judíos, pues no habiendo hasta ha poco competencia, los padres llevaban á sus hijas al único centro docente, para la mujer, que allí existía, cosa que variará en adelante, á medida que otros, y de confesiones diferentes que las «católicas», se establezcan, además de los ya iniciados.

Merced á la simpatía que el marqués de Riera sentía por S. M. D. Alfonso XIII y á las hábiles gestiones de D. Gonzalo de Reparaz, aquél ofreció y entregó más de 300.000 pesetas para la creación en Tánger de un hospital para españoles; pero S. M., su Ministro en Tánger, entonces el Sr. Merry del Val, y los PP. Franciscanos determinaron destinarlas á escuelas, que se llaman de D. Alfonso XIII, y que después de levantadas con esplendor, capacidad é higiene por el lego Sr. Serra, fueron inauguradas en el verano pasado con gran solemnidad. Dos espaciosos cuerpos de arquitectura monacal forman dichas escuelas: uno destinado á la enseñanza de jóvenes, y otro á residencias de monjas y sus discípulas internas, á la vez que á salas de estudio, labores y clases de adorno. Vi con satisfacción, hace tres veranos, que los resultados de la enseñanza de las MM. Franciscanas eran más satisfactorios que los obtenidos por los Padres, acaso porque éstos confiaban las más importantes disciplinas á profesores laicos, dedicándose los reverendos á la primera elemental y catecismo.

Y con estos precedentes entraré en materia en el próximo número, si, caro lector, aguantas la pluma de

Pascual MENEU,

Catedrático de Arabe de la Universidad de Salamanca.

DOS ÁGAPES, POR JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

Si hay comida ó refacción que pueda llamarse hoy verdadero ágape es el banquete ó convite con que se conmemora una *misa nueva*, ó una profesión religiosa.

A dos he asistido en mi vida.

No se me olvidará aquel *monjío* á que acudí de muy niño en compañía de mis hermanos, más pequeños que yo, dirigidos todos por nuestra abuela, de santa memoria.

Habíamos sido convidados, con vivas instancias, por la religiosa que iba á hacer su profesión solemne.

El padrino, empero, no nos conocía, ni de vista. Era un señor muy feo, tenía mucho dinero y no era lo que se llama un manirroto.

Colocados estábamos en correcta formación, mis hermanos y yo, en aquel círculo de convidados que llenaba el amplio refectorio. Por el centro se paseaba el que «lo pagaba todo».

Empiezan á pasar los chocolates, sendos chocolates, que apuramos con magno apetito. ¡Era la hora de la merienda!... Pasaban los sorbetes, es decir, no pasaban, porque alargando nuestros manos reteníamos solícitos el que por clasificación nos correspondía.

Pasa la tarta... y el dulce de guinda, y el bollo maimón... Y á todo esto pasaba á nuestro lado el señor padrino, el que lo pagaba todo, y nos miraba, muy feo, y nosotros en nuestro ins-

tinto de niños, comprendíamos que nos quería decir: «¿quién sois vosotros?»... Y sobre todo, parece que nos decía; ¡que apetito teneis!

Porque no hay que decir los remilgos, los repulgos, los escrúpulos de monja que en aquel refectorio «tendrían lugar»... ¡Yo chocolate sólo!... ¡Yo no tomo más que un caramelo! ¡Yo medio bollo!

¡Y nosotros lo tomábamos todo!

No, no se me olvidará en mi vida la cara que ponía aquel señor ante aquellos niños desconocidos para él, que tomaban de todo, en su sincera y hermosa despreocupación.

El sería feo, que parecía se iba á comer los niños crudos; pero los niños se lo comían á él aquella tarde, convertido en soconusco, en compota, en maimón.

¡Cómo respiramos orgullosos, satisfechos, cuando al final de la solemne refección nos acercábamos en masa, como un solo hombre, á la monja, y nos fué saludando, uno por uno, con nuestros nombres de niños, Fulanito, Citanito, ante la estupefacción del padrino, que entendió que había estado á punto de cometer un desagraviado, sacándonos por un brazo del convite, á nosotros, amigos especiales de la festejada. ¡Parecía que ella lo había adivinado todo, y remachaba el clavo de los apuros del padrino, diciéndonos: ¿pero como no ha venido vuestra madre, y vuestro padre, y vuestro otro hermanito, y vuestro tío, y...? Y el padrino parecía que iba á estallar, ante la perspectiva de una familia numerosa, haciendo los honores á los manjares tan cumplidamente como los tres niños de marras.

La otra ágape á que he asistido fué de una misa nueva.

Convidado con amistosa invitación por el misacantano, yo no conocía tampoco al que hacía las veces de padrino.

¡Me acordé del señor feo de la pasada centuria, cuando yo fuí de niño á aquel monjío!

¡Tuve miedo!

Y bien diferente del padrino antiguo, el de la nueva ágape era un guapo charro, vestido con toda la majeza de la tierra, y echando por todos los poros rumbo y generosidad.

Cuando al final de la comida llegó á mi vera con una caja de puros en la mano, ofreciéndome uno, confieso que no me atreví á decirle, yo no fumo, por temor á hacerle un grave desaire imperdonable. Tal era el alma que ponía en sus ojos, en la garbosa actitud de su apostura, ofrendando el obsequio.

¡Con cuánto gusto hubiera visto este padrino á tres robustos y saludables niños devorando tartas y maimones hasta quedar hartos!

¡Con cuánta contrariedad, en cambio, presenciaria en un refectorio de monjas, un charro rumboso, el espectáculo de los repulgos de empanada clásicos.

--¡Yo chocolate sólo!... ¡Yo no tomo más que un caramelo!... ¡Yo medio bollo!...



LAS CREACIONES DE "AZORIN,"

POR

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

I

Una mocica manchega.

Juana María, la mocica manchega, se ha sentado un momento en la cocina. En la cocina del pueblo está *Azorín*. Juana María es alta, delgada, esbelta, fina; los ojos son azules; rojos y húmedos los labios; la cara es un óvalo perfecto; la nariz griega. Anda con desenvoltura, con gentileza, Juana María. Sonríe. Tiene el gesto de una gran señora; es toda una gran señora Juana María, á pesar de su vestimenta pueblerina, rústica y manchega.

Azorín recoge del bolsillo el monóculo; contempla á la buena moza. *Azorín*—á quien los papeles y los libros le están matando, harta razón tenía D.^a Isabel—saborea, absorto, la donosura de la muchacha. Y sus andares. Y el trajineo de los brazos rollizos junto al fogón. Y pensando en Madrid, en las muecas artificiosas de las muchachas de Madrid, en ese empaque extranjeril de las altas damas de copete de Madrid; en esa timidez, pobreza y cobardía espirituales de las burguesistas de Madrid que van á Lara y leen á Campoamor; en la pérdida, lenta, irreparable de la castiza manola, de la hembra brava, de la maja, que se advierte en el pueblo de Madrid; pensando en todo eso nuestro buen amigo, el escritor andariego, perdido ahora en los lugarones de la Mancha, deja asomar á sus ojillos azules, tímidos, de colegial modesto que no quiere subir por los diplomas en día de fiesta, una leve sombra de tristeza. ¡Ay, los libros, eso de ver toda la vida á través de los libros! Pero Juana María ha roto el sueño de *Azorín* para darle otro sueño. Juana María ha hablado en un castellano recio, denso, sonoro, suyo, en el castellano que hablan los gañanes y las mozas de los pueblos de la Mancha, de Castilla y de León:

—*Ea*—ha dicho Juana María—*todas las cosas vienen por sus cabales.*

Azorín, que ha vivido diez años seguidos en la Corte, que sale á la Mancha á caza de las huellas del espíritu de D. Quijote, se asombra del encanto, del hechizo, de la magia de estas palabras tan nuestras, tan castellanas. ¿Por qué se asombra, por qué se admira *Azorín*? ¿Por ventura Juana María es literata, escribe en los periódicos y asiste á las reuniones de nuestra discreta amiga Carmen de Burgos y Seguí? ¿Acaso ha leído á Navarro Ledesma, á Cejador, Juana María? Seguramente, no. Pues si Juana María no lee á Cejador, ni á Navarro Ledesma, ni á otros que yo me callo para no asustar al lector benévolo; si Juana María no conoce á Carmen de Burgos, ni escribe en los periódicos, ni es literata de profesión, ¿de qué se admira, de qué se asombra nuestro sutil maes-

tro delicado, nuestro ilustre amigo y maestro *Azorín*? "*Se goza el chocho en el vaso*," le dijo un gañán, mostrándole una espiga, á nuestro querido Unamuno. A otro gañán, condenado á muerte por asesinato en la Audiencia de Salamanca, al ciego de Cantaracillo, le oí exclamar cuando le mostraban la sentencia y recibía el consuelo de las palabras retóricas de su vocero:

—¿Pena de muerte? ¡Bah! *Cosas de la vida.*
¡Cosa de la vida, la muerte!

Azorín medita, piensa, reflexiona. ¿De dónde será Juana María? ¿Es de Argamasilla? ¿Es del Tomelloso? ¿Es de Puerto Lápice? ¿Es de Herrerencia? «Es de todas partes, *Azorín*, de todos los lugares donde no llegan los papeles, donde no saben de cadencias cortas y de cadencias largas, de prosas poéticas y de poesías prosáicas, es de todas partes Juana María. Puede ser de Salamanca: Ledesma, Alba de Tormes, Ciudad Rodrigo, Peñaranda; de Burgos: Aranda de Duero, Salas, Beldorado; de Avila: Piedrahita, el Barco, Cebreros; de Ciudad-Real: Valdepeñas, Manzanares, La Solana, Infantes, Alcázar; de Cuenca: Cañete, Priego, Motilla; de Guadalajara: Brihuega, Pastrana, Sancedín, Molina; de León: La Vecilla, Murias, Villafranca, Astorga; de Palencia: Astudillo, Saldaña, Carrión; de Santander: Villacarriedo, Cabuérniga, Torrelavega; de Segovia: Sepúlveda, Santa María, Riaza, Cuéllar; de Soria: Agreda, Almazán, Burgo de Osma; de Toledo: Talavera, Illescas, Ocaña, Orgaz, Escalona, Oropesa; de Valladolid: Medina del Campo, Olmedo, Nava, Tordesillas; de Zamora: Toro, Benavente, Puebla de Sanabria; seguramente aquí vive, en un lugarón, en una aldea, en una rinconada oculta.

Juana María—lo dice *Azorín*—«es la mujer española», pero la mujer española, libre de influencias exóticas y morbosas, la mujer que nos han legado la tradición y la historia.

LLANURA, POR LUIS ROMANO

Tierra llana, tierra llana
de rectos surcos mullidos
por la labor de la arada,
que es ruda y dulce á la vez,
porque el gañán que ara canta.

Parda tierra, parda tierra
que te adentras en mi alma,
cual la paz de tus hogares
formados con tierra parda,
y que, más que alzarse, se hunden
en la terrosa llanada.

Llanura parda, llanura
de calcinadas entrañas
por la sed inextinguible
que devora la agrietada
superficie de tus campos,
que relucen como un ascua
cuando el sol en tus trigales
—luz que es sangre—, se derrama.

Tierra de melancolías
como el trabajar, calladas.
Tierra triste de espectrales
y remotas lontananzas
hacia las que vuela el canto
sencillo de los que aran.

¡Ojalá, Dios permitiera
que á tí me diese, llanada,
convertido en mansa lluvia
que tus campos fecundara
al embeberme tus tierras
por sed eterna abrasadas,
y que, cual lluvia menuda,
te besara en las entrañas,
allí, donde ya son tuyos,
tierra de tu tierra parda,
los que en vida fueron míos
y me besaron el alma
con la bondad de las suyas...
tierra llana, tierra llana!

La Administración de SALAMANCA pone en conocimiento de los suscriptores de esta capital que en los primeros días del mes de Marzo se procederá á cobrar los recibos trimestrales.

A los suscriptores y corresponsales del resto de España sirva-les este aviso para hacer efectivas las cantidades, y á su actividad quedará agradecida esta Administración.

En la sección del Ateneo por un error se dice: "EL VAGUERISMO y EL POR VAGUERISMO," debiendo decir "EL VAGNERISMO y EL POR VAGNERISMO,,"



EL ARTE NATURALISTA

POR

GABRIEL GARCÍA MAROTO

(Fragmento de una conferencia)

Pero si es grande mi odio á la artificiosa concepción de nuestros artistas, no es menor mi amor á la historia española y mi afición á hacer plásticas sus pictóricas emociones; pero emociones sin epopeyas, hechos gloriosos sin trofeos, glorias poéticas sin coronaciones neoclásicas, fastos guerreros sin apoteosis; quédese esto para la novela, para el teatro, para la ensoñación.

Y esa historia sencilla y grave, esa historia plena de emoción mística, es la que vive á través del tiempo en la dorada Salamanca; esa historia es la que se adelanta al paso cariñosa y amante, dándose por entero; esa historia es la que á mí me detuvo un día en que había dolor en mi cuerpo y desorientación en mi alma.

Y si la ciudad tiene para el artista los maravillosos atractivos de una gracia perenne y soberana, el campo tiene el doble encanto de una siempre renovada sensación.

De un verde optimista en otoño, de un sano verdor en la florida primavera, dorado en verano, blanco en la rastrojera, negro al sembrar, pardo muchas veces; el campo tiene en su variación su mayor encanto, y en cada una de sus manifestaciones ofrece al artista su rico caudal de gamas siempre bellas, delicadamente dispuestas y acordadas á la más sabia de las maneras.

Pero los artistas españoles no han sentido la soberana sensación del campo siempre nuevo.

Asimismo no saben que la escuela de pintura francesa no es la de los Watteau y los Fragonard, afeminados y decadentes como miniaturistas; no es la neoclásica de David, Ingres, y sus contemporáneos; no es la romántica de Delacroix, es la de la escuela de Barbison, es la de Millet, Manet, Monet y Corot: la de los que buscaron en la floresta y en el estudio del natural la riqueza de tonos vivos que no podían dar las casacas bordadas del imperio, las teatralerías artificiosas del estudio, las evocaciones atraídas por los artificiales paraísos, y las modalidades del gusto en los snob y en los marchantes de la rue Laffitte.

Inglaterra, que tiene un Reynold, hijo directo de D. Diego Velázquez, tiene un Constable; la escuela flamenca que tiene un Rubens y un Rembrant, tiene sus hermanos en Ruisdael y Hobema; y la escuela española, decaída al más ínfimo lugar en el pasado siglo, pudo mantener el fuego sagrado de nuestra gloria artística, gracias á los renovadores del paisaje, que se llamaron Carlos de Haes y Casimiro Sainz, creador el primero de una escuela impresionista que tuvo muchos continuadores, y autor el segundo de un arte que nadie se atrevió á imitar.

Recientemente el crudo naturalismo de Sorolla dió al traste con el artificio de la escuela romántica española, que hizo de nuestra pintura una tragedia, y si va en decadencia el naturalismo del pintor valenciano, es porque predominó en su arte el impresionismo brutal que no gusta de refinamientos, y porque simultánea-

mente, preciosismos dignos de alabar, hicieron agrio y repugnante el realismo que no seleccionó, repitiéndose, arrollando con acaso enfermas delicadezas, á un arte propicio á la objetividad sin estetismo, á la comercial impresión.

El campo siempre hermoso en su magnificencia soberana; el pueblo dormido que guarda, perpetuando las emociones pretéritas, son las fuentes del arte á las que los artistas deben venir temblando de emoción, el corazón á flor de piel, el alma en los ojos.

Y el campo castellano y particularmente el campo salmantino, tiene la multiformidad más deseada, tiene la variedad emocional que pueda desear el más exigente de los espíritus.

Sencillos y modestos los pueblecitos de la Armuña, que perdidos en el mar de tierras tienen la poética gracia de los pardales rozando los surcos; fanfarrones llamativos de los pueblos de la charrería, que entre el mar de encinas guardan el arte pinturero y el corruscante orgullo de las razas ingenuas; el campo de la ciudad dorada ofrece amplia labor nunca cumplida, y una siempre renovada emoción merecedora de ser tomada en cuenta por nuestros artistas.

Pero los pintores españoles son olvidadizos, inculcos, abúlicos y decadentes.

Inútil es que la historia del arte nos marque el sendero; los pintores olvidan que el estudio del natural hizo el renacimiento italiano, y que el estudio del natural dió al traste con la imaginaria, llena de graciosa incoherencia, pero de una transitoria realidad.

Y aquí podría acabar si no entrara en mis cálculos el ansia de estudiar el regionalismo en el arte, el regionalismo que con miras un poco reprobables iniciaron los artistas gallegos en la exposición de la Coruña y en la exposición regional del Centro gallego de Madrid.

La falta de medios de comunicación, la lucha perpetua entre hermanas regiones, hizo que en otro tiempo, naturalmente, prosperaran las variadas escuelas regionales.

La escuela florentina se diferencia de la sienesa, como esta se diferencia de la lombarda; y si Rafael, y Miguel Angel, y el Perugino, van á Roma llamados por los Papas, es porque en la ciudad de los Césares no hay artistas romanos, propiamente dicho, y si se quiere ver el arte del Renacimiento, no hay que buscarlo en Roma, hay que ir á Florencia, á Rávena, á Padua, á Asisi.

Y es que siempre las grandes ciudades fueron asilo de parásitos; y deshechas por el centralismo las características de sus regiones, la verdadera sensación de la belleza regional llegó alterada, falsificada, perdida su pristina emoción.

Y España, que no puede alardear de abolengo artístico,—pues las escuelas de primitivos aragoneses y catalanes, la escuela sevillana, la mal llamada escuela de Madrid, no son de lo más floreciente en la historia mundial,—España, que siempre se dejó influir por el italianismo, y que si tiene grandes casos aislados, estos en su grandeza no forman escuela, guarda virgen la emoción regional, guarda pura y florida la hermosura de sus viejas ciudades, de sus divinos campos, de sus bellas leyendas.

España es un vivero de emociones artísticas; pero como el llano y las montañas no han de ir á la corte, y los artistas duermen aletargados por el hambre y la decadencia en la charca central, el arte español se muere lentamente, dejando de ser arte español para ser un conjunto amorfo de estética internacional.

EL VAGABUNDO, POR PIO BAROJA

Estaban ya medio dormidos, cuando les despertó la voz fuerte de un hombre, que decía:

—Buenas noches, amigos. Dejadme calentar en vuestro fuego. El mayorazgo preguntó en voz baja á Marina:

—¿Quién es?

—Es un pobre.

Era un mendigo joven, tostado por el sol, con grandes guedejas negras que le caían por la espalda. Se sentó al lado del fuego.

—¿Vienes de muy lejos?—le pregunto don Juan.

—Sí, de sitios donde no se habla castellano.

—¿Y hacia dónde vas?

—Hacia el Mediodía.

—¿Vives por allá?—preguntó el mayorazgo.

—No. Yo vivo por donde paso.

—¿Pero no tienes un pueblo fijo donde estar?

—No, ni quiero tampoco.

—¿Por qué?

—Si se puede vivir al aire libre, ¿para qué encerrarse en una de esas madrigueras que se llaman pueblos?

El mendigo sacó un pedazo negro de pan, les ofreció á Marina y al mayorazgo.

—¿Y cómo puedes vivir siempre así?—preguntó éste.

—Me dan socorros en los pueblos por donde cruzo.

—¿Eres español?

—Sí, creo que sí.

—¿No lo sabes á punto fijo?

—Ni me importa tampoco; para el que no tiene nada, toda la tierra es igual.

—¿Y hace mucho tiempo que vives errante?

—Desde que nací. Mi padre andaba de pueblo en pueblo comerciando con baratijas, que llevaba en un carro; yo he suprimido el carro y el comercio.

—¿Pero no echas de menos las casas?

—No; prefiero los matorrales y las cuevas, la hermosa libertad y el campo. A vosotros, los que vivís en la ciudad, la gana de poseer os pierde; quereis tener vuestra casa, vuestra mujer, vuestros hijos; si no tuviérais nada y no deseárais nada, seríais felices.

—¿De manera, que te consideras más feliz que esos que viven en las ciudades?

—Sí; esos son desdichados, que no tienen fuerza para vivir la vida natural.

—Me asombra tu discurso; yo creía que los vagabundos eran casi todos ladrones, más que filósofos.

—Se puede ser las dos cosas al mismo tiempo.

—Es verdad.

—Yo, cuando no tengo que comer, robo. Dejiendo mi vida como puedo.

—¿Robas?

—Sí; ¿por qué te asombras? Cojo lo que necesito; algunas veces voy á la cárcel. ¡Psch! Los días que estoy encerrado me hacen encontrar más hermosa la libertad.

—Me admira el oírte.

—¡Claro! Has vivido lleno de preocupaciones, entre gente supersticiosa. Eres esclavo de la sociedad.

—Es cierto.

—Yo no: por no sujetarme no quiero habitar las ciudades, prefiero el campo. En invierno, duermo en las cunetas de la carretera y debajo de algún puente; en verano, me tiendo en la tierra y fumo mi pipa contemplando las estrellas.

—También tú veo que eres esclavo, esclavo de tu libertad—murmuró el mayorazgo.

—Es posible—repuso el vagabundo.

—Es seguro.

—Yo no trato de convencerte con mis ideas.

—Buenas noches. Voy á dormir.

Se envolvió el vagabundo en sus harapos y se tendió en el suelo.....

Al día siguiente, al rayar el alba, se levantaron los tres.

—Adiós—dijo el vagabundo;—probablemente no nos volveremos á ver. Si buscáis algo, me alegraré que lo llegueis á encontrar.

—Adiós y que la suerte te acompañe—contestó el mayorazgo.

LA DOGARESA, POR JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

Del palacio en el pórtico marmóreo, de pragmáticas graves hablan señoras que retrató Tiziano, y los collares de oro de ley del marco anciano el esplendor aumentan de las rojas dalmáticas.

Contemplan hacia el fondo de las calles acuáticas con ojos que destellan orgullo soberano, bajo el dosel incólume del cielo veneciano, brillar el azul límpido de las ondas adriáticas.

Y en tanto que el radiante estol de caballeros arrastra el oro y púrpura por peldaños severos de pórfido que fúlgida claridad tornasola, indolente y soberbia una dama, hacia un lado volviéndose entre espumas joyantes de brocado, sonríe á un negro paje que llévala la cola.

ATENEO DE SALAMANCA

Bien sabe Dios que quisimos llenar una plana de la Revista SALAMANCA dando cuenta de la labor fecunda del Ateneo de esta ciudad durante el pasado mes y los proyectos para el mes presente.

Con este fin interrogamos á Elorrieta mil veces, y él que es alma de esa literaria agrupación, desvió nuestra atención sincera, hablándonos de los bailes aristocráticos del Liceo á cinco y tres pesetas entrada, de los bailes del Casino de Salamanca, de los reformistas, de los disidentes, del conde de Montarco, y del vizconde de San Javier.

A fuerza de ruegos, y después de fijar un poco su atención en algo serio hablándole del liberalismo inglés, nos contó que el Ateneo prepara, entre otras fiestas, una conferencia de Eugenio D'Ors sobre *El diálogo y la amistad*, dos conferencias de Miguel Salvador sobre *El vaguerismo* y *El por vaguerismo*, unas cuantas más de distinguidos escritores madrileños, y una serie de conferencias técnicas por profesores de esta Universidad.

Nosotros no respondemos de la veracidad de esta información, pues ya saben ustedes la inquietud dinámica del culto catedrático, á más de que cuando nos contaba estas cosas, el sexteto Goyenechea atacaba un schotis, y una máscara le hizo un guiño harto expresivo, y que nosotros tomamos por una señal convenida.

EL BARBARO EN SALAMANCA, POR EL BARBARO DEL SUR

Cuando *El Bárbaro* dejó de oír el canto de las piedras doradas, cuando la historia dejó de hablarle quedamente, amorosamente, como en una caricia lenta y serena, hasta su oído subió en murmullo de colmena insurreccionada, la charla popular que hablaba de las pasioncillas, de las mezquindades, de la pobreza de la más humana de las condiciones.

Desencantado por un instante de la emoción artística que le detuvo en su desenfadada carrera, *El Bárbaro* aguzó el oído, y escuchó. Apartada su vista de las nubes en las cuales se recortaban las cresterías de las fachadas y las agujas de las torres, el intruso se fijó en la tierra, donde los hombres se devoraban en envidias, comiéndose la cola, arrastrándose por el suelo, y *el intruso*, que siempre había pensado alto, sintió el dolor de todos en su alma, y muy Quijote, enderezóse en los estribos y atalayó con sus ojos inquietos el nuevo panorama. Y en él vió á los hombres de la tierra salamanquina, y en él vió las cosas al modo de estos hombres, y sintiendo asco de las cosas, arremetió con furia, lanza en ristre, calada la visera.

Y al tiempo que corría presa su alma de un vivo ardor, gritaba con toda su fuerza, y para ser entendido de todos, hablaba en lenguaje corriente.

Y dijo lo que vieron sus ojos, lo que escucharon sus oídos, y en la rudeza de sus frases, y en la actitud de su semblante, se notaba su indignación.

LA TUNA DE SALAMANCA

Y lo primero con que topó fué con unos estudiancillos, que en comparsa grotesca, recorrían las calles de la vieja ciudad, y como lo hicieran tan mal, y fueran envueltos en la bandera universitaria, les espetó el siguiente razonado discurso:

Más valiera malandrines indecorosos, que pidiérais el auxilio de Apolo antes de lanzaros por esas calles haciendo daño á los oídos y gastando un tiempo que os ha de hacer falta mañana.

¿Qué noble afán os gufa? ¿Qué goce pleno ansiáis? Y como no le contestaron, le miró con lástima y siguió su camino.

LA JUVENTUD EXCURSIONISTA

De allí á poco, se detuvo para presenciar un acto literario en honor de una asociación cultural.

Dos horas malgastó *El Bárbaro* escuchando las charlas, que eran á modo de pintorescas acusaciones contra los que ocupaban el lugar de honor trocado en banquillo de acusados por obra y gracia de la más necia de las vanidades. Y como algún socio de la Juventud protestara del tono empleado por los oradores, *El Bárbaro* le habló de este modo:

Bien merecidos os teneis este homenaje con honores cachupinescos. Os intitulaís excursionistas, y son pocas las veces que buscaís en el campo el placer del cuerpo y el sano recreo del espíritu; en cambio, según he podido escuchar, en el poco tiempo que funciona vuestra asociación, no sé cuántas apoteosis en local cerrado, no sé cuántas ge-

deónicas reuniones, no sé cuántas fiestas de vanidad personal y de general regocijo habeis celebrado.

Y como alguien protestara, *El Bárbaro*, cariñosamente, amablemente, les replicó:

¿Quereis adquirir cultura? Buscarla seriamente, tranquilamente, sin afán de exhibición. ¿Amais el campo de verdad? Pues correr en la primavera próxima por los oteros y cañadas comentando al divino Fray Luis. Y como era la hora del yantar, *El Bárbaro* les dejó á solas con sus verdugos, que en aquel día habían de comer á su costa.

LA CHARCA POLÍTICA

Y torciendo las riendas de su bridón, el noble *bárbaro* se dirigió hacia otro lado donde descubrió una charca maloliente, con más cieno que agua, y en la que chapoteaba una muy variada y vocinglera muchedumbre, y allá se fué nuestro caballero, porque también aquel era un mundo que deseaba conocer.

Y en distintos parajes de la ciénaga, vió algunos hombres que puestos en zancos y mostrando en su rostro su satisfacción, tremolaban en la mano, á guisa de bandera, un papel en que se leía este letrado: *Artículo veintinueve*, leyenda que deletreaban balbucientes la muchedumbre que los rodeaba, compuesta de gentes que se llamaban á sí mismas electores, y que no acertaban á comprender, cómo y cuándo se les había hurtado el derecho á elegir.

Hacia otra parte de la charca, descubrió después un grupo de afanosos señores que conducían en hombros á otro más joven y remilgado, y cuya única preocupación parecía ser la de no mancharse sus botines crema y sus guantes lila. Frente á este grupo, y en la ribera erizada de peñas lagarteras, veíase otro como de niños con los puños crispados y en alto, en actitud, al parecer, de rechazar la invasión que les amenazaba, y creyéndose, tal vez, con fuerzas suficientes para impedir que su pequeño y peñascoso rincón fuese conquistado por aquel conquistador de guantes y botines á la *derniere*.

Más lejos, distinguió también una multitud campesina, de hombres de anguarina parda y de calzón corto, ganaderos y labriegos, que con voces ingenuas proclamaban un nombre en el cual se condensaban, sin duda, todas sus ansias de redención. Y mientras el eco de sus gritos se perdía en el espacio, socarronamente se sonreían unos cuantos atildados personajes, que escuchaban de cerca el confuso vocerío.

Y en un impulso de su indomable voluntad, *El Bárbaro* sintió de pronto el deseo de ponerse al lado de aquellos infelices campesinos que buscaban su liberación, y de arremeter contra los que de ellos se burlaban, y quiso correr en ayuda de los liliputianos luchadores que combatían por defender, de extrañas usurpaciones, los peñascos que les servían de albergue; pero comprendiendo que su esfuerzo podría resultar inútil, porque él no era un ciudadano, sino un hombre, y aquello no era cuestión de botes de lanza, sino de votos, apartó con desdén la vista de tan tristes lugares, y metiendo espuelas á su caballo, marchó asqueado á su mesón, donde puesto á considerar la vida humana, sintió un poco asco de la vida.

El Hijo, por Alberto Valero Martín.

Es un puebluco de estos pardos, terrosos, de la llanura. La torre de la vieja iglesia negrea sobre el rojo de los tejados. De las chimeneas, en leves espirales, asciende un humo azul. El cielo está oscuro, invernizo. Algunas estrellas, áureas y pálidas, destellan débilmente entre amenazadores grupos de nubes. El lucero de la tarde, ese dulce lucero atrayente y melancólico, vierte la quimera y el ensueño de su luz.

Es á la hora del crepúsculo, y es dentro de una casuca que se levanta humilde en el fondo de una calleja.

Están en la cocina, frente á las llamas rojas y azules del hogar, el tío Ramón, la tía Sebastiana y Mauricia. El tío Ramón y la tía Sebastiana son viejos y un poco encorvados. Son también renegridos y enjutos. Mauricia es una mocetona cetrina y fuerte. Está recién parida y tiene al hijo entre los brazos, arrebujado en una toquilla parda. Los tres parecen tristes y reflexivos.

El humo de los rastrojos que arden bajo la rústica campana del hogar, esparce un aroma grato, un aroma que dice de amables veladas campesinas, y se escapa, oscuro, entre el negro hollín de la chimenea, hacia el cielo invernizo.

Mauricia acuna al niño en los brazos y le mira fijamente, maternalmente. Sus padres, el tío Ramón y la tía Sebastiana, ponen en sus rostros a pergaminados, un gesto de autoridad y de dureza, un gesto altivo, al descubrir una gruesa lágrima en los ojos de Mauricia.

Tras una pausa larga y penosa, reanudan su charla transcendental. Oídes:

Mauricia.—¿Quién sabe! Todavía es tiempo. Puede que vuelva aún. Puede que le tiren la conciencia y el su hijo.

Tío Ramón (siempre sentenciosamente).—Deja volar los pájaros de la cabeza, Mauricia. Yo sé más del mundo y del mocerío que tú. Hay hombres crueles, que no pagan lo que deben en buena moneda.

Tía Sebastiana.—Dice verdad tu padre. Verdad verdadera. Bernardo no quiere ni acordarse de tí, porque nada se le da ni de tí ni del vuestro hijo.

Mauricia.—Y á últimas cuentas ¿qué? ¿Para que preciso yo á Bernardo? Este hijo bastante ayuda tiene con su madre.

Tía Sebastiana.—¡Tó, pues esta es buena! ¿Qué te has barruntao tú? ¿Es que vas á dejar el trabajo por dar cuido á la criatura? ¿Y vas á quitar tu apoyo á nosotros, á los tus padres, por causa de dárselo al tu hijo?

Tío Ramón (á Mauricia, que sigue acunando el niño y mirándole ansiosamente).—Los tus padres te han criado con muchos trabajos para que tú les abandones ahora, cuando puedes darles el pago. ¿Oyes, moza? ¿Que te maginas, amante? ¡Tó, pues sí que estaría bueno!

Tía Sebastiana.—Vergüenza debía darte, mala hija. Los padres siempre son los padres.

Mauricia (con angustia).—¿Y los hijos? ¿Qué son los hijos?

Tía Sebastiana.—¿Es que vas á replicarme? (La vieja adquiere una actitud de infalibilidad. Mauricia vuelve á postrar la cabeza. La tía Sebastiana continúa).—Aquí se hace lo que tenemos convenido y ninguna otra cosa. El tu hijo á la Inclusa y tú al trabajo.

No estamos para despilfarrar, que somos pobres por la voluntad de Dios.

Mauricia (al hijo).—Ya lo oyes, coral, espejo, ¡tú á la Inclusa y yo al trabajo!

Tío Ramón.—Atiende, Mauricia; no hay que llorar y afligirse. Cuando sea el tempero y la sazón, puedes sacar el tu hijo de la Inclusa, y tan felices. Allí le ponen una señal bien conocida y el tu hijo no se confunde con ningún otro de ninguna.

Mauricia.—¿Y para qué le vamos á sacar entonces?

Tía Sebastiana.—¡Tó! ¿Pero eres boba? Entonces el muchacho puede ser de provecho para tí y para los sus abuelos. ¿O es que somos abuelos para que los nietos no nos miren á la cara?

Mauricia.—Es que entonces no querrá verme, y hará bien, por mala madre. ¿Y si ustedes me habían echao á la Inclusa á mí?

Tío Ramón.—No es comparanza, porque tú eres hija de matrimonio, y así lo manda Dios.

Tía Sebastiana.—Mucha verdad. A los hijos que son legítimos y de matrimonio, lo manda Dios así.

Mauricia.—¿Y manda Dios tirar los que no son legítimos?

Tía Sebastiana.—Son hijos del pecao, y Dios no los puede ver bien, como á los otros.

Mauricia.—Sea como sea, una madre es siempre una madre.

Tío Ramón.—Una madre siempre es una madre; pero los dineros son los dineros. Y no vamos á empeñarnos porque tú quieras criar en casa un hijo, que es la deshonra tuya y la de la familia.

Tía Sebastiana.—Está dicho. Mañana, temprano, se lleva el tu hijo á la Inclusa; y no hay más que hablar.

Tío Ramón.—Ya no hay que hablar cosa ninguna.

(La campana de la vieja torre llama al rosario. Llegan las campanadas lentas y tristes. El tío Ramón coge un grueso cayado y un tapabocas. La tía Sebastiana se envuelve en un mantón pardo y recio. La cocina está casi á oscuras, las llamas se hicieron brasas, y los dos viejos parecen dos sombras sin niestras).

Tía Sebastiana.—Llaman al rosario. Vamos agudos.

Tío Ramón.—Vamos.

Tía Sebastiana.—La santa paz de Dios sea en esta casa...

(Salen á la calleja como dos espectros. Se escucha el sonar del cayado sobre los chinarrros de la calle. Luego, la tosecilla seca de la tía Sebastiana. Después, otros cayados y otras toses de otros viejos, que van al rosario también. Por último, nada.



FRAGMENTO

del drama indo «El carrito de Arcilla», atribuido al príncipe Zudraka, el cual vivía en el siglo II después de Jesucristo.

Samvahaka, jugador desafortunado, riñe con sus compañeros, y no pudiendo pagar su deuda, ha huido, pero Matura, dueño de la casa de juego, y otro personaje, llamado simplemente El Jugador, le siguen. Se refugia en un templo.

—¿Dónde podré esconderme? Mi acreedor y el dueño de la casa de juego me siguen de cerca... He aquí un templo desierto. Entraré andando hacia atrás, y fingiré ser la estatua del dios. (*Sube á un pedestal vacío y permanece inmóvil*). (*Entran Matura y el jugador*).

MATURA.—Ha corrido hasta aquí; pero sus huellas se pierden.

EL JUGADOR.—¡Eh!, sus pasos están al revés. Este templo no tenía estatua... ¡Ah traidor!, ha entrado andando hacia atrás.

MATURA.—Sigamos la pista. (*Se manifiestan entre sí, por un juego mudo, que han encontrado á Samvahaka*).

EL JUGADOR.—¿Creeis que aquella imagen sea de madera?

MATURA.—Me parece que es de piedra. (*Sacuden y pellizcan á Samvahaka*). Sentémonos y jugemos. (*Juegan*).

SAMVAHAKA (*gradualmente expresa el interés que toma en verles jugar*).—El ruido de los dados, para un hombre sin dinero, es tan mortificante como el ruido del tambor para un rey sin ejército. No quiero jugar, estoy resuelto; tanto valdría que me tirasen desde lo alto del monte Meru. Pero el ruido de los dados es verdaderamente encantador.

EL JUGADOR.—Me toca jugar.

MATURA.—No, no, me toca á mí.

SAMVAHAKA (*olvidándose y bajando del pedestal*).—No, no; me toca á mí.

EL JUGADOR.—Ya lo tenemos.

MATURA (*cogiendo á Samvahaka*).—¡Ah!, bribón, ahora te tenemos. ¿Dónde están las diez monedas de oro?

SAMVAHAKA.—Las pagaré en lo que queda del día.

MATURA.—Págalas ahora mismo.

SAMVAHAKA.—¡Tened paciencia y os pagaré!

MATURA.—Hay que pagar en el acto. (*Se pelean*).

SAMVAHAKA.—¡Ah, mi amigo! ¡Ah, mi amo! ¡Ay mi cabeza!

MATURA.—Eres ahora prisionero nuestro.

SAMVAHAKA.—Es verdaderamente cruel que me negueis un poco de tiempo. ¿De dónde sacaré el dinero?

MATURA.—¡Bueno!, pues danos una prenda.

SAMVAHAKA.—Con mucho gusto. (*Hablando aparte al jugador*).—Os prometo pagaros la mitad si me haceis merced del resto.

EL JUGADOR.—Concedido.

SAMVAHAKA (*Matura, aparte*).—Os daré fianza por la mitad de mi deuda si me perdonais la otra mitad.

MATURA.—Concedido.

SAMVAHAKA (*en voz alta, al jugador*).—Me habeis perdonado la mitad de mi deuda?

EL JUGADOR.—Sí.

SAMVAHAKA (*á Matura*).—Y vos, ¿me haceis merced de una mitad?

MATURA.—Sí.

SAMVAHAKA.—Entonces, adiós, señores. Estamos en paz. (*Se va*).

MATURA.—¡Eh!, ¡vaya! ¡No tan pronto! ¿A dónde vas?

SAMVAHAKA.—Vean, señores... Uno de ustedes me perdona una mitad y el otro la otra; ¿no es cosa clara que ya no debo nada?

MATURA.—Oye bien: me llamo Matura. Sé cuántas son dos y dos, y de mí no se burla nadie. Págame todo el dinero.

SAMVAHAKA.—¿De dónde lo sacaré?

MATURA.—Vende á tu padre.

SAMVAHAKA.—No tengo padre.

MATURA.—Vende á tu madre.

SAMVAHAKA.—Ya no tengo madre.

MATURA.—Véndete á tí mismo.

SAMVAHAKA.—Si quereis, llevadme á la calle. (*Echan á andar*).

SAMVAHAKA.—¡Ea! ¿Quién quiere comprarme por diez monedas de oro?

GLOSARIO, POR PISANELLO

LA ALEGRÍA COLECTIVA

Y mientras la gente, poseída del vértigo carnavalesco reía escandalizando, nosotros recordábamos al amigo filósofo que un día nos dijo: "La alegría colectiva proviene del aburrimiento individual."

OLVIDO

Y mientras la multitud alocada y frívola, arrastraba por calles y plazas una chabacana alegría, en Santo Domingo, el P. Matías, nos hablaba de la Santa Fé, de la plena Fé, de la absoluta Fé.

Y su voz naturalmente áspera se había tornado dulce y tierna, y cuando nos hablaba de Dios, nos hacía poner de olvido de los hombres.

COMPASIÓN

Y no necesitaba la moza para su goce pleno más que una pizca de cariño, muchas dehesas en el término de Salamanca, un hombre lleno de prestancia que hiciera *buen papel*, y unos hijos para heredarla.

Y el enamorado galán tuvo compasión de ella, que era igual que adorarla dos veces.

LA HERMÉTICA

Y la hermosa que durante el resto del año se encierra en su concha como la ostra, y como la ostra se aburre, es en el carnaval toda locura y regocijo; y pensábamos con tristeza en el suplicio de todo el año, ó en la alegría fingida de estos días. La que acaso no pensara en nada sería la hermosa, que á estas horas, estará encerrada en su concha.

AMOR DE CARIDAD

Se ama por atracción natural y espontánea, ó se llega á querer por lástima. Yo de mí se decir, que sería capaz del sacrificio previo en la seguridad de una íntima y plena satisfacción ulterior. Cuando la egolatría se ha domado, es cuando uno siente deshacerse, diluyéndose en los demás que esperan amor porque lo han de menester.

Yo, que soy un amator de las iglesias pobres, donde se siente á Dios sin vanidad humana, plenamente Divino; yo, que he rezado en los oratorios de aldea, en las iglesucas olvidadas; yo,

que me he sentido transfigurar en una pobre sacristía donde un cura viejo me hablaba de Dios y de los hombres; yo, que ceñí á mi cuerpo un cingulo rozado y sucio porque me hablaba de la honda modestia del Señor, voy á la Catedral, diariamente, y rezo con fe, con unción, olvidando la cúpula fiamígera, y el pintoresco coro, y la capilla donde llora ausencias la Virgen de la Vega.

Y voy á la Catedral con frecuencia, porque la Catedral está sola, y su soledad, me llama á gritos.

SINCERIDAD

Y pensaba yo: ¿Por qué las gentes no sabrán ahondar en las gentes?

¿Por qué nuestros dolores y alegrías no pasarán á ser de todos?

¿No somos hermanos?

Y he aquí que leyendo, leyendo, di con Guérin, el hondo poeta de Luneville, que me decía al oído.

Yo quisiera ser hombre, pero en mis versos nada se acerca de los hombres á la esencia sagrada, ante el libro se paran en horas de pereza como al entrar en una posada suntuosa para gustar, al paso, la paz voluptuosa que fluye de canciones y de músicas bellas. Los afligidos llevan lejos sus aflicciones; se quedan impasibles las damas; los burlones conservan su sonrisa de amarga crispatura. Dicen: «Palabras todo, palabras nada más. Niño que, sin sufrir, clama su desventura; fantoche triste, mímico de sollozos, quizás, «¿Qué nos viene á decir de amoríos inquietos con su flauta y sus ceremoniosos sonetos?» «¡Procesión exquisita de menudos dolores cuyo camino alfombra previamente de flores!» ¡Ay! Los que me han leído dicen verdad por cierto. ¡Si pudiera, dotado de poderoso genio, conmover hasta el fondo su corazón secreto!... Un libro en que el amante sus besos reviviera, como un eco, en ofrenda yo les querría dar; y si hay solo palabras, palabras, ¡quién supiera las palabras divinas, esas que hacen llorar!

Y después de leído mil veces, seguí repitiendo con pena, sintiéndome hermano del poeta,

y si hay solo palabras, palabras, ¡quién supiera as palabras divinas, esas que hacen llorar!

EL INTRUSO

Y hablaban los hombres de invasión, y le llamaban *el intruso*, como si algo hubiera sido nunca de ellos, y pudieran poner puertas al campo.

Y PERDIÓ LA LIBERTAD AL BUSCARLA

Y hablaban de un intento de robo, de un robo áspero, sin poesía, robo de dinero por uno que no tiene, á otro que le sobra.

Y al final, el robado fué el bandido que solo ansiaba el dinero, porque perdió su libertad, que es la que buscaba al robar.

Y nos dió asco de estos robos sin otro fin que el del pan nuestro que no nos da Dios todos los días, y á nuestro recuerdo vinieron los versos de Tristán Klingsor.

Y tú, pastorcilla, no vengas al bosque á coger las fresas, desnudos los pies, porquetres bandidos con sus antifaces te esperan y quieren llevarte esta noche al cuarto del rey.

¡Oh los robos! Dios nos dé el pan nuestro de cada día, para que de robar alguna vez, tan solo sea á la pastorcilla de quien estemos enamorados.

BROMA DE CARNAVAL

Era una mascarita preciosa, preciosa. Y era un hombre serio que pasaba á su lado, y conociéndola le dijo:

Mascarita.

Se va á pasar el Carnaval sin que yo te diga unas cuantas verdades en broma.

Y es la máscara juguetona, con esa alegría de las máscaras, le contestó: ¡Pues dímelas!

No, hija, repuso el hombre serio. Si te digo que se va á pasar el Carnaval sin decírtelas.

Y la mascarita no se explicó el chiste.

PARA LAS HERMOSAS

Si casi todas hermosas no fueron idiotas, era cosa de decirles, quedamente, amorosamente:

¡Mujer gentil! La rosa de tu cara está en sazón. Nunca su color será más hermoso, nunca será más fragante su olor.

Quiero hacerte uu retrato con amor que te haga de todos los hombres, como la Gioconda, como la "Bella del Tiziano", como "Lilith", de Dante, Gabriel Rossetti.

¡Pero no!

¡Ser de todos los hombres!

Y hemos de ver cómo se va marchitando su rostro, y se va quebrando su color, y no nos atreveremos á decirles:

¿Quieres ser de todos como "Astarte Syriaca"?

DE PARSIFAL A GALLITO

El maestro José Lasalle dirigió *Parsifal* en Madrid admirablemente. Al mismo tiempo, en la antedicha capital se organiza un concierto en honor de nuestro distinguido compatriota, y la banda municipal, dirigida por el maestro Villa, ejecutó algunas obras de Barbieri, Chueca y Villa. También tocó las overturas de Ricuzi y Tannauer, y, como final, *El ocaso de los dioses*. Al finalizar el susodicho concierto, el entusiasmo fué enorme, y fué tanto, que para apagarlo, el maestro Lasalle, amable, dirigió, ¿qué dirán qué dirigió?, el pasodoble titulado *Gallito*.

¡Y ved aquí un final de concierto completamente... hispánico!

(De la Revista Musical Catalana).

El Carnaval. Días pasados estuvo entre nosotros, haciendo las delicias de la gente joven, D. Carnaval, señor á quien creímos fallecido.

El mal tiempo le impidió mostrar su expresiva faz por las calles de Salamanca, pero en los casinos y los teatros hizo reír de lo lindo.

Recibe nuestro afectuoso, aunque tardío, saludo.



EN TORNO A UNA VERSION
CONSTANZA

POR

ANGEL LEDESMA

La Lectura ha aumentado sus cuidadas ediciones con una primorosa traducción, la del poema *Constança*; autor de este bellissimo poema es el delicado poeta conimbricense Eugenio de Castro. El nuevo libro que enriquece la colección de *La Lectura* ha sido editado con el esmero habitual de sus publicaciones. Es un sencillo y curioso volumen de limpia impresión.

Prologa el libro D. Miguel de Unamuno, maestro del traductor y conocedor de Literatura portuguesa. En España ha sido descuidada—como otras—la preocupación por la literatura vecina; esta misión ha quedado reducida casi á especialistas, y pueden señalarse con el dedo las autoridades en esta materia. He ahí el por qué afirmar que D. Miguel de Unamuno es un conocedor de dicha literatura. Una reacción saludable irrumpe, al parecer, contra este abandono, creando la cátedra de Literatura galaico-portuguesa.

Afirma D. Miguel en su prólogo el temple poético de Eugenio de Castro, que responde, con su exotismo y sus portuguesismos ayuntados, á aquel simbólico momento que pintó el prologuista al hablar en otra parte *Por tierras de Portugal y de España*, representando á “ese hermosísimo y desgraciado Portugal—son sus palabras—como una hermosa y dulce muchacha campesina que de espaldas á Europa, sentada á orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol no nace nunca; muere siempre en el mar que fué teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias.” Si no se confundiese con una orientación geográfica y se diera á sospechar en la existencia de una rosa náutica de la poesía, habría que llamar según esto, al poeta conimbricense, “poeta occidental.” Y tal es la denominación que debe dársele. Quinta esencia de esta modalidad representativa es el poema que hoy reaparece en la estampa, conspirando á formar peregrinos misterios en el sentido espiritual é inundando al lector en gozosas *sau-dades*.

Saboreado el prólogo, pasa el lector á conocer la labor meritísima que el traductor se ha impuesto. Dos palabras acerca del poema. Los fragmentos de la *Crónica* de Ruy de Pina y de *Monarchia Lusitana*, puestos al frente de él, nos dan la clave de la glosa de Castro. Su poema tiene esta base de tradición y de leyenda; nos trae un recuerdo de historia. En él se agitan gérmenes de dolor, conflictos de virtud y de pasión, envueltos en una tibia atmósfera de véspero otoñal. Y el hilo engarzador de tan valiosas perlas es la lira criselefantina de Eugenio de Castro revestida de una atrayente y dorada permanencia.

Dos ejes parecen descubrirse entre sus bellezas disparejadas. El uno corresponde á ese capítulo ideal de la historia de los hombres que intituló un poeta: De cómo servidumbre de amor, es señorío é imperio. El otro es sacado de una concepción fascinadora y dolorosa: la del amor ilegítimo y fatal—brava mina de asuntos, que tan galanos frutos ha rendido en la historia del Arte—que todo lo arrastra tras de sí, por ser más fuerte que todo y llevar con él el más terrible y penetrante hechizo.

De esta laya de amores salió su bravo defensor Edmundo—en *The King Leat*—que había de formular su defensa de legitimación con sobrado humorismo en esta forma: “¿Por qué bastardo, por qué menos, si mis miembros están tan bien trabados, mi espíritu es tan generoso y mi aspecto tan noble como en el vástago de la esposa honrada?... ¿Por qué espúreos? ¿Por qué bastardos? ¿Si el lascivo calor de la Naturaleza puso en nosotros más vida y más vigorosa calidad que suele en el triste, acostumbrado y tedioso tálamo, ¿dónde se procrea la dilatada raza de los tontos entre un dormir y un despertar?”

Volvamos al poema. En *Constança* aparecen estos febricitantes impulsos que llevan á caer... *en la red de oro de un amor sin tino—De finísima y fuerte trama urdida.*

La blanda y risueña poesía de un poeta tan occidental como Eugenio de Castro ha preferido á caóticos choques de pasión—que pudieran llegar á una conmoción resquebrajadora, tratados con fruición tenebrosa—la muelle y lánguida vibración de la melancolía; en su aspecto mental de la gradación trágica nos presenta el proceso de un corazón comido, que es aureolado noblemente por una catarsis engendradora de la más piadosa y elevada tolerancia. Así llega Castro á la serena claridad de los graves momentos con que da fin á su poema, modelando en el ánimo del más arisco y rígido lector un espíritu similar al de su heroína: generosidad, nobleza, tolerancia.

Responde á un arte distinguido y único, creador de un halagüeño y depurado ambiente, todo él blanduras y flaquezas, ardores descuidados, melódicos sonidos, aires de recuerdo, erudición concisa y justa, que le hacen deseable y acusador de un intenso patrimonio espiritual. Y demuestran—según nuestro gusto—cómo la democracia no cuadra en poesía. Para los que comulgamos en este concepto, es un redentor asidero el arte de Eugenio de Castro.

Vengamos á la traducción. El prologuista presenta al traductor con el cariño del maestro que ve de cerca la floración de un espíritu. Su traducción—dice—ha dejado intactas las bellezas del poema, y si en algún pasaje se obscurece algo, la hermosura del original en otros resulta realzada. Este elogio sincero del maestro, releva, con creces, el de amigo.

Y, en efecto, es una traducción. Lleva por garantía la educación humanística del traductor que da gentil aliño y aristocrática distinción á la intrincada disciplina del verso. Ante todo se deja notar en la versión el sabor conservado del pristino texto; el traductor no escrupuliza medios de sostener la natural gentileza del ori-

ginal; un concepto libre y amplio de la métrica pugna por conseguirlo. Y así resulta la versión; en la que predomina la medida constante, de muy holgada y apacible lectura.

El prólogo indica las formas métricas usadas en la versión; son las clásicas del endecasílabo—libre, asonantado y aconsonantado—el alexandrino francés de trece sílabas, y el verso de nueve en consonancia, de muy elegante y prodigiosa movilidad. Demuestran conocer adentradamente las sencillas normas de todo buen primor.

Para satisfacción del traductor, me olvidaba decir en primer lugar, hay que agradecerle el introducir á Eugenio de Castro en nuestro idioma; bien conocemos que nuestra excusa curiosidad está cerrada entre ambas fronteras, pues no parece sino que una hostil aduana hace imposible el pasaje de libros con sus arreos propios. Eugenio de Castro, traducido por el inglés Bing, por los italianos Pica y Pádula, por los alemanes Barsch y Storck, por el sueco Björkman y por los franceses Lebesgue, Fromant, Legrand, Gaubast y Montesquieu Fezensac, merecía—salvando la loable opinión de D. Miguel de Unamuno—un traductor castellano.

Lo tuvo, y dignísimo, hace algunos años en Luis Berisso, de cuyo traductor y obra vertida—el *Belkiss*—dijo Leopoldo Lugones en su garrido esmalte preliminar: "Es la obra de un gran poeta y la traducción de un virtuoso traductor". Desde entonces se han preocupado del interesante lírico portugués, aquí en España, el ilustre Rector de la Universidad salmantina y el traductor de ahora, entre otros. Al primero se debe lo más sustancioso que sobre Castro

se ha escrito; al segundo—al que le une con el autor una cariñosa amistad—ha publicado un estudio sobre *Belkiss* y una traducción del mil veces bello romance *Para adormecer á Lydia*—intercalado en *Sylva*, una de las obras que publicó el autor en 1894—que estampó *La Lectura* en su número de Marzo del pasado año. La traducción de ahora representa una nueva fase del poeta, abierta, según Manuel da Silva Gayo, prologuista de la edición de París *Eugenio de Castro*.—*Poesías escolhidas*, con este muy hermoso y muy portugués poema. Esta versión, en fin, es un bello y encantador libro.

Para terminar, hago eco de los deseos del prologuista maestro respecto al discípulo traductor: esperemos que el autor de esta traducción ejercite su virtuosidad de versificador y de estilista en poesías de su propio numen. Conviene recoger el consejo del maestro.

Y no digo más, en tributo á la parquedad que siempre exige un elogio de amigo.

ADVERTENCIA

Daremos cuenta en esta sección de los libros cuyos autores nos remitan dos ejemplares.

Se suplica á los editores el envío de las obras nuevas publicadas, para dar la noticia en esta Revista.

Bética, revista ilustrada de Sevilla. Se publica los días 5 y 20 de cada mes. Dirección, Conteros, 12, Administración, Argote de Molina, 33, Sevilla.

La Familia, revista moral, instructiva y recreativa del hogar doméstico. Administración, Plaza Nueva, 12, Barcelona.

Se ruega el cambio con las revistas y periódicos á quienes se enviara SALAMANCA.

SALAMANCA

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y CIENCIAS

Redacción y Administración: García Barrado, 81.

Número suelto, 25 céntimos.

Subscripción al año, 3 pesetas.

COOPERATIVA VINICOLA

DE

LA SOLANA

GRANDES BODEGAS

LA SOLANA (CIUDAD-REAL)

GRAN FABRICA DE AGUARDIENTES

DE

R. Hernández.

Calle de San Pablo, 43

SALAMANCA

AGUAS AZOADAS

Inhalaciones medicamentosas.

Curación de los catarros bronquiales, pulmonales, de la garganta y de la nariz.

De iguales efectos que las de Panticosa.

Se envían folletos y tarifas á quien los pida.

Abono de 10 sifones, 5 pesetas.

Inhalación.-Pulverización.-Agua en sifones.

CALLE DE ZAMORA, NUM. 26

SALAMANCA

PEDRO BENITO

Almacén de vinos de Toledo y Valdepeñas.

SE REPARTE A DOMICILIO

ALDEASECA DE ARMUÑA

SALAMANCA

BODEGAS DE SAN ISIDRO

DE

Francisco Sánchez Ajofrín

ALCOHOLES - LICORES

Pedir precios y condiciones.

LA SOLANA (CIUDAD-REAL)

SALAMANCA

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

CAPITAL SOCIAL 12.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS COMPLETAMENTE DESEMBOLSADAS
CUARENTA AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS SOBRE LA VIDA—SEGUROS CONTRA INCENDIOS
SUBDIRECTOR EN SALAMANCA: D. ANDRES PEREZ CARDENAL

CAFE RESTAURANT

FORNOS

BANQUETES—BODAS

PLAZA DEL MERCADO

RICARDO NIÑO

DENTISTA

PLAZA DE LA LIBERTAD

LA MAS ELEGANTE

Sastrería de Torres

Meléndez, 10.

SALAMANCA

PELUQUERIA DE MODA

establecida con arreglo á
los últimos adelantos de la
higiene en esta materia.

Leonides García.

CALLE DE ZAMORA

NUMS. 21 Y 22

MONEO HIJO Y COMPAÑIA

INSTALACION

PARA NIQUELADOS DE TODA
CLASE,

INSTRUMENTOS PARA
MÉDICOS, DENTISTAS, ETC.

Y

FUERZA DE MAQUINARIA

MONTAJE Y REPARACION

DE MAQUINARIA ELECTRICA

AUTOMOVILES DE ALQUILER

LA IMPERIAL

ZAPATERIA

DE MODA

CALLE DE TORO

NUM. 13

SALAMANCA

EL SIGLO XX

LA MEJOR CASA

TEJIDOS DEL REINO Y EXTRANJEROS

CALON

LIBRERIA

Y OBJETOS

DE ESCRITORIO

PLAZA MAYOR

SALAMANCA

EL ANGEL DE LA GUARDA

COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

INCORPORADO AL INSTITUTO GENERAL Y TECNICO
DE ESTA CAPITAL

DIRECTOR

D. ANGEL BENITO PARADINAS

SAN PABLO, 78

SALAMANCA

SALAMANCA

GRAN BAZAR

Prudencio Santos Benito

LA MEJOR CASA EN OBJETOS PARA REGALOS

PLAZA MAYOR, SALAMANCA

LA REVOLTOSA

ZAPATERIA Y TEJIDOS

ESCALERILLA DE PINTO

ANÚNCIESE USTED

EN LA

SALAMANCA

CHIC PARISIEN

MODAS

CALLE DE ZAMORA

POZUETA

SOMBRERERO

DE

MODA

PLAZA

MAYOR

SALAMANCA

ACADEMIA

EXTERNADO

EL BROCENSE

PLAZA DE LOS BANDOS

SALAMANCA

HIJOS

DE

MIRAT

ABONOS

TERMINUS HOTEL

EL PREFERIDO

POR TODOS LOS TURISTAS

FERNANDO GARCIA

PRIMERA CASA

EN

PLATERIA Y JOYERIA

FILIGRANA DE ARTE

Poeta Iglesias, 10

SALAMANCA

LUCAS

CAMISERIA

DE MODA

Calle de Toro, núm. 34

SALAMANCA

SALAMANCA



25 CÉNTIMOS EL NÚMERO

Imp. y Lib. de Núñez, Salamanca.

